

[El papel de las mujeres en la asamblea](#)

[Una mujer a su hermana](#)

[La mujer espiritual](#)

[Qué es la cena del Señor para mí](#)

[Los pequeños incidentes](#)

El papel de las mujeres en la asamblea

John Small; del folleto *A call to simplicity*,
Publicaciones Cotidianas, Scarborough, Canadá

Una joven recién convertida se me acercó y preguntó: “¿Qué quiere decir en 1 Corintios 14.34: «Vuestras mujeres callen en las congregaciones?»” Aquello me hizo buscar más en la Biblia para asegurarme de una respuesta honesta.

Ella estaba citando un trozo que figura en la sección 1 Corintios 11 al 14, donde el apóstol trata el tema del orden (y desorden) en las reuniones de los creyentes en Corinto. De que no se dirigía tan sólo a una condición de la localidad se hace evidente por la manera como comienza su carta, a saber en 1 Corintios 1.2.

En realidad esta norma era todavía parte de la enseñanza de Pablo años después. En su consejo al joven Timoteo, él resume las varias directrices que había dado para guardar el orden en las iglesias, diciendo: “Esto te escribo ... para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad”, 1 Timoteo 3.14,15.

¿Y qué era esto de lo cual él había escrito? Bien, había escrito sobre políticas en cuanto a la reunión de oración, 1 Timoteo 2.1 al 8, y también sobre el anciano y el diácono ideal, y luego había dicho: “No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio”, 1 Timoteo 2.12.

Teniendo por delante afirmaciones tan claras como éstas, ¿cómo debemos responder a la pregunta de la joven sincera? Si contestamos simplemente, “Pues, quiere decir exactamente lo que dice”, sin duda ella va a responder con preguntas como, “¿Pero tiene que ser así?” y, “¿Qué se entiende por «en las congregaciones?»” o, “¿Cuán callada es «estar en silencio?»”

Por supuesto, si se reúne con otras damas, ellas podrían sugerirle muchas preguntas adicionales. ¿Qué de cubrirse la cabeza? ¿Qué es eso de mujeres orando y profetizando? ¿Se permite que cantemos? Si el Espíritu Santo nos ha dado un don a cada una, ¿cuándo y dónde lo ejercitamos? Todo cristiano es un «creyente / sacerdote» pero, ¿cómo podemos cumplir con esta función? ¿Y acaso no tenemos todos la responsabilidad de ser testigos?

¿Y posiblemente usted también ha pensado de esta manera?

Escondido allí entre los versículos acerca de las cubiertas para la cabeza, hay un concepto por demás llamativo que es fundamental para todo este asunto. Reflexione un momentito en el gran alcance de esta afirmación bíblica: “La mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, ¡por causa de los ángeles!”, 1 Corintios 11.10.

Esto nos lleva atrás a alguna época prehistórica cuando se presentó el problema más traumático del universo. Lucero, hijo de la mañana, el más glorioso y poderoso ángel de Dios, empezó a codiciar para sí un papel que era ajeno a la voluntad del Creador, dando lugar a la necesidad de la intervención divina.

Pablo nos dice, en una de las verdades más profundas del Nuevo Testamento, cómo Dios efectuaría este propósito; Efesios 3.8 al 11. Él tomaría de entre los gentiles un pueblo para su

nombre, haciendo de ellos una “iglesia”, para manifestar por medio de ella su sabiduría y propósito.

Esto debe tener un gran impacto sobre nosotros. La sencilla congregación de creyentes es en realidad una tarima donde se despliegan el orden y la voluntad de Dios. Por ejemplo, cada vez que nos reunimos para celebrar la cena del Señor, estamos manifestando, o proclamando, la muerte de Cristo, 1 Corintios 11.26, y este acto es tanto causa de adoración entre los ángeles fieles como reproche al diablo y sus seguidores. De nuevo, ¡por medio de la sumisión de las hermanas, la iglesia está testificando al universo entero acerca del principio divino de orden!



Esto nos lleva al primer argumento que emplea Pablo en su sección sobre la conducta en las reuniones, 1 Corintios 11.17,18,20,33,34; 14.19,23,28,34,35. En ella él expone el modelo celestial de autoridad y sumisión, 1 Corintios 11.3. Obsérvese que Dios figura en primer lugar; Cristo está sujeto a él; el varón está debajo de Cristo y la mujer sujeta al varón.

Cualquier pensamiento de superioridad o inferioridad en este pasaje queda anulado por la verdad de la igualdad que Cristo tiene con el Padre. Acordémonos, el Padre envió al Hijo para hacer su voluntad, Juan 6.38, y tanto el Padre como el Hijo enviaron al Espíritu Santo, Juan 14.26; 16.7,13. Si este principio de autoridad y sumisión existe entre los componentes de la Deidad, entonces armoniza con el cielo cualquier gesto de sumisión que se manifiesta en la iglesia, y constituye una lección ilustrada para la esfera de los espíritus.

El segundo argumento que emplea Pablo subraya la relación varón / mujer por el uso de varias referencias a lo que está escrito sobre la creación.

(1) “El varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón”, 1 Corintios 11.8. Y de nuevo: “Adán fue formado primero, después Eva”, 1 Timoteo 2.13. Con estas palabras el apóstol muestra el principio divino de orden; una prioridad en creación que ubica a la dama después del varón.

(2) “Tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón”, 1 Corintios 11.9. Esta afirmación da a entender que Dios tiene un propósito en haber creado dos sexos, tal vez para presentar un cuadro de la iglesia en su relación al Señor.

(3) “Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión”, 1 Timoteo 2.14.

De este drama edénico Pablo saca en conclusión que Eva inconscientemente abrió el camino para que Satanás introdujera la confusión que hay en cuanto al papel de la dama y el del varón. Posiblemente el apóstol se refería a las tristes consecuencias de su error cuando escribió en 1 Corintios 14.34 en cuanto a las mujeres: “No les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice”. ¿Cuál fue la primerísima ley pronunciada, y por cierto hablada exclusivamente a la mujer? Fue una parte de la maldición: “Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”, Génesis 3.16.

Dondequiera que se violó este orden en tiempos bíblicos, los resultados siempre trajeron problemas. Pensemos en Sara con Abraham y Agar, Génesis 16, 21; de Rebeca con Isaac y Jacob, Génesis 27; y de situaciones extremas como las maquinaciones de Jezabel, 1 Reyes 16 al 21, de Atalía, 2 Reyes 11, y de Herodías, Marcos 6.17 al 28.

Pero es un gran alivio dejar a un lado aquellos casos tan negativos para descubrir la clase de mujer que honraba al Señor por su espíritu sumiso. Pensemos en Rut, Rut 3.5; la viuda de Sarepta, 1 Reyes 17.10 al 15; Ester, Ester 2.20; y la virgen María. Sin saberlo, estas mujeres piadosas estaban dando cumplimiento al papel que Dios había ordenado. De esto hablan tanto Pedro como Pablo; 1 Pedro 3.1 al 6, Efesios 5.22 al 24.

Cantamos en adoración: “Él, en toda su hermosura, yo, por su favor, compartiendo de su Padre plenitud de amor”. ¡Nos hace anhelar aquella cena de las bodas del Cordero, cuando lo veremos en toda su hermosura! Pero todo creyente quiere que la hermosura del Esposo se conozca aun aquí y ahora, y aquella gloria figura en lo que estamos hablando, ¿no es cierto?

Pablo dice que la gloria natural de la mujer es su cabello largo, 1 Corintios 11.15. Por lo tanto, cuando se reúne “en iglesia”, ella debería cubrir aquella gloria como un acto simbólico de sumisión al varón, su “cabeza”. Por otro lado, cuando el varón se levanta en adoración, sería vergonzoso que él tuviera la cabeza cubierta, 1 Corintios 11.7 (compárese 2 Samuel 15.30*), ya que está allí para simbolizar al Señor, cabeza de la creación. * “David subió la cuesta de los Olivos; y la subió llorando, llevando la cabeza cubierta y los pies descalzos”.

Pero tenemos que contestar la pregunta generada por las palabras: “Toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza”, 1 Corintios 11.5. Hay toda suerte de explicaciones de este pasaje difícil, pero creemos que las interpretaciones siguientes encajan mejor con el tenor de la escritura:

(1) Cualquier profecía u oración realizada por mujeres debe ser llevada a cabo sólo en aquellas áreas de servicio que son ajenas a una reunión “en iglesia”. Las Escrituras le asignan a la mujer la crianza de hijos, Tito 2.4,5; el testimonio a los perdidos, Juan 4.29; y la enseñanza de las jóvenes, Tito 2.3,4. Hoy día se puede encontrar muchos campos de servicio extra bíblicos en los cuales ella puede ejercer su don; entre ellos está la escuela dominical, los estudios en casas, los consejos en actividades juveniles y ciertas reuniones propias de damas.

(2) Su sumisión se manifiesta no tan sólo por su silencio en las reuniones de la asamblea, sino también por la cubierta sobre su cabeza. En otras ocasiones, cuando ora o profetiza ante otras, el uso de un velo todavía sería un testimonio a la esfera angelical de la continuidad de su sumisión, aun en asumir un papel parecido al del varón.

Una pregunta más: ¿Qué van a pensar los visitantes al ver un velo cubriendo la cabeza de la dama? Sin duda puede haber cierta ofensa, especialmente en estos tiempos de “igualdad de derechos”. Pero el observador sincero y pensativo preguntará por nuestras razones, y es nuestra responsabilidad reforzar nuestras políticas con la palabra de Dios, dejando con él las consecuencias de nuestra obediencia.

Para que una iglesia local sea cumplida en la observación de estos principios, los ancianos deberían pedir que las hermanas se cubran y que guarden silencio en cualquier reunión de la asamblea como tal. No vayamos a pensar que por esto las mujeres van a convertirse en meras esfinges. Las mujeres piadosas son un gran activo para cualquier asamblea. Y hacen falta las Hulda, 2 Reyes 22.14; las Débora, Jueces 4.4; las Dorcas, Hechos 9.36; las Febe, Romanos 16.1.

Las hermanas tienen talentos dados por Dios mismo, ¡especialmente aquellas hermosas voces que deben usar para la gloria suya! El silencio exigido en 1 Corintios 11.34,35 se refiere a no intervenir en el discurso con preguntas o comentarios.

Reflexione en el campo del evangelismo, acordándose de las mujeres de Filipos que ayudaban en el evangelio, Filipenses 4.2,3. Reflexione en Lidia misma, quien presenció la salvación de su propia familia, Hechos 16.14,15. ¿Y qué de aquella mujer junto al pozo, la primera evangelista en el pueblo de Sicar? Juan 4.1 al 29

Reflexione en el ministerio de la enseñanza, acordándose del hogar donde Timoteo se desarrolló, 2 Timoteo 1.5; 3.14,15; o la experiencia de Apolos bajo la tutela de Priscila y Aquila, Hechos 18.24 al 26. Escuche el testimonio de las jóvenes en Creta que fueron aconsejadas por las hermanas mayores, Tito 3.3 al 5. Y, en cuanto a la oración en presencia de varones, en 1 Pedro 3.7 se exhorta a los esposos y esposas que oren juntos.

Al leer de la devoción de aquellas mujeres que sirvieron al Señor durante sus años de ministerio público, de su valor junto a la cruz, de su prontitud en visitar el sepulcro ...; y,

cuando nos damos cuenta de que en nuestros días las damas superan en número a los varones en la obra misionera ... ¡cuánto deben humillarse los varones!

Y, lo que es más, si las mujeres pueden concentrarse en sincera adoración silenciosa, al extremo de levantar el tono espiritual de la reunión, ¡cuán precioso debe ser aquella adoración a Aquel que discierne los corazones! ¿Cómo pueden quedarse en silencio tan a menudo los varones que tienen la oportunidad —no, la responsabilidad— de proclamar el valor del Salvador?

Para resumirlo todo, hay una gran palabra que se destaca. Es la sumisión. Cualquiera que sea la manera en que el cristiano intente probar su amor para con el Salvador, nada es de mayor valor para él que el reconocimiento de su señorío manifestado en nuestra pronta obediencia. Es esto que le trae contentamiento y honor. Es esto que hablará a la conciencia de los observadores, sean humanos o angelicales.

Una mujer a su hermana

Basado en un escrito de
E.A.R. Shotter, Northampton, Inglaterra
Precious Seed, Número 35-5

Las lazadas estarán contrapuestas la una a la otra, Éxodo 26.5.

En las instrucciones a Moisés sobre las cortinas del tabernáculo, el versículo citado establece que habría cincuenta lazadas para cada juego, y estas “contrapuestas” entre sí, según leemos en la Versión Reina-Valera de uso corriente. Sin embargo, la conocida edición del señor Newberry expresa esta frase de una manera amenablemente arcaica: “**Las lazadas juntarán una mujer a su hermana**”.

En el tabernáculo había dos tipos de cortinas; a saber, diez cortinas de lino torcido para cubrir once de pelo de cabra. Estas últimas se llamaban la tienda, aunque se colocaban pieles por encima de ellas. Las diez cortinas de lino se armaban en dos cuerpos de cinco cada una, y las once de pelo en dos cuerpos, de cinco y seis cortinas respectivamente. El 26.10 explica que en este último caso también las cortinas de pelo de cabra se unían por cincuenta lazadas en el borde al extremo de cada cuerpo, “una mujer a su hermana”, al decir del erudito Newberry.



Ahora bien, esta serie de once se hizo del pelo de la cabra, y no de su piel. La figura no es de la muerte del animal, como por ejemplo en la piel de carnero que se tendía por encima. El pelo protegía el animal vivo de los elementos: el frío, calor y lluvia. Todas nos acordamos también de que Juan el Bautista se vestía de pelo de camello cuando llamaba su pueblo al arrepentimiento. Creo que se ve en el pelo una figura de protección, separación y testimonio.

Las Escrituras destacan la labor de las mujeres, como también la de los hombres, en la confección de las cortinas de lino y las de pelo.

> Las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos ... lino fino, 35.25

- > Todas las mujeres cuyo corazón las impulsó en sabiduría hilaron pelo de cabra, 36.26
- > Todos los sabios de corazón entre los que hacían la obra [varones], hicieron el tabernáculo de diez cortinas de lino, 36.8
- > [Belzaleel] hizo asimismo cortinas de pelo de cabra para una tienda sobre el tabernáculo, 36.13

Las mujeres sabias e impulsabas hilaban, sin duda en las casas, incorporando los hermosos colores en el lino, figuras de diversas virtudes de nuestro Señor, y convirtiendo esa masa de pelo en tela y la tela en enormes cortinas. Hicieron las muchas lazadas para unir este techo, dos series de cincuenta, o cuatrocientas por todo, “juntando una mujer a su hermana”. La obra de cada mujer tenía que encajar bien con la de otra para que hubiese **un** tabernáculo, según lo expresa el capítulo 36, una vez que los hombres habían cumplido su labor en armar la casa de Dios.

Las responsabilidades eran distintas. Las habilidades también. La labor de las mujeres tenía que ser coordinada bien en los bordes donde las lazadas cumplirían su función, “juntando una mujer a su hermana”. El resultado quedó evidente sólo una vez que los varones habían realizado la parte suya.

En Proverbios 31 la mujer está hilando de nuevo, pero el escenario es otro. La mujer virtuosa, en quien está confiado el corazón de su esposo, “busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos”, 31.13. Esta es la primera de sus actividades en el hogar.

¡Seis veces se hace mención de la obra de sus manos! Ella también “trae su pan de lejos”, compra, planta y esfuerza sus brazos. Alarga la mano a los pobres, no tiene temor de la nieve por su familia. Con razón “su marido es conocido en las puertas”. Con razón “se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada, y su marido también la alaba”, 31.28.

Es por la obra de sus manos que ella “considera la heredad”, uniendo el hogar al hilar. Y, en la tipología de la Biblia, su viña en el 31.16, “fruto de sus manos”, trae a la mente Salmo 104.15. “el vino que alegra el corazón del hombre, el aceite que hace brillar su rostro, y el pan que sustenta la vida del hombre”.

Hechos 9.36 al 42 cuenta lo poco que sabemos acerca de la virtuosa mujer Dorcas. Ella abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía. Entre otras cosas, hacía túnicas y vestidos.

De nuevo encontramos la idea de juntar diversos elementos (los hilos) y convertirlos en algo provechoso (la ropa) para otros. Permítame la metáfora de Proverbios 10.12: “El amor cubrirá todas las faltas”. Con razón el fallecimiento de esta mujer trajo tanta tristeza; con razón las creyentes se regocijaron en su restauración a vida. Estas viudas habían estado “contrapuestas” o “juntadas” a la ejercitada Dorcas.

¿Y qué de nuestros tiempos? El correcorre, nuestro falso sentido de valores y el engaño de las riquezas han dado un sentido de autosuficiencia que nos hace pensar que no hace falta buscar al Señor para apoyo y sabiduría. La ceguera de Laodicea penetra la Iglesia y a muchos de aquellos que deben guiar las iglesias. Desde luego, damos gracias Dios de que así no sea en todas partes, pero hay que reconocer que en muchos lugares abundan los choques de personalidad.

Pero Él ha provisto mujeres sabias que hilan material que los hombres sabios de corazón pueden usar para juntar el material divino —el pueblo de Dios— y desplegar las diversas glorias del Señor Jesucristo. Estas damas cristianas de corazón ejercitado atesoran para sí la Palabra y luego la emplean para que sus familias sean favorecidas y sus esposos sean reconocidos “en las puertas” entre las congregaciones del pueblo del Señor.

Es maravillosa la obra que Él ha dado a las hermanas en las asambleas. Claro está que sus dedos son más hábiles que los de sus hermanos en la fe. Su capacidad de aquella

calidad de gracia y amor fue destacada en la endecha de David sobre Jonatán, cuando habló de un amor “más maravilloso ... que el amor de las mujeres”. Cuando impulsadas por el Espíritu Santo, ellas disponen de aquel discernimiento que sabe reaccionar ante situaciones que huelen a división.

Es que, hilando hábilmente en su propia esfera y en amor al Señor, ellas recogen los hilos dañados. En algunos casos elaboran las cortinas de lino fino que despliegan las glorias de Aquel en sus diversos colores, y en otras circunstancias las cortinas de pelo que proclaman la separación y protección del mundo y el testimonio del pueblo de Dios. Este es el material que pueden emplear los varones que Dios ha puesto para levantar ante el público la morada de su Espíritu.

Su ministerio es silencioso; es de juntar, unir. Su aguja elabora el vestido que protege en el hogar y al menesteroso afuera. Elabora en la congregación la tela que se convierte en las diversas cortinas que se unen en un solo tabernáculo, con tal que sus propias lazadas junten una mujer a su propia hermana en esta labor que ellas están llevando a cabo por el bien de otros.

Gracias a Dios por las mujeres que se atavien con buenas obras, manifestación de que ellas profesan piedad; 1 Timoteo 2.9,10.

La mujer espiritual

D.R.A.

Parece un tanto chocante esa expresión, “el lugar de las hermanas”. Casi da a entender que las cosas espirituales —y especialmente las funciones de una asamblea— son dominio de los varones pero se concede un rincón, un nicho tal vez, a las mujeres. ¡De ninguna manera! El papel de las hermanas en Cristo representa por lo menos el 50% de todas las actividades y responsabilidades de la Iglesia universal y de una asamblea en particular.



Claro está, la abrumadora mayoría de las pautas espirituales aplican sin distinción de sexo. Al decir de Gálatas 3, todos los salvos somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; no hay varón ni mujer, porque todos somos uno en Él. El Nuevo Testamento emplea dos palabras que figuran como *hombres*. La una se refiere a los varones y la otra a los seres humanos, o la humanidad. Podemos estar bien seguros que las mujeres están incluidas cuando dice, por ejemplo, que “Dios quiere que todos los *hombres* sean salvos”. O sea,

todos los miembros de la raza humana.

¡Pero la mujer no es un varón! Fijémonos en el primer versículo que habla de esto. Es Génesis 1.26: “Creó Dios al hombre [o sea, a la humanidad] ... varón y hembra los creó”. Además de sus propias funciones fisiológicas, la mujer tiene características emocionales propias de su sexo. O, para hablar con mayor precisión, se destacan ciertos rasgos de personalidad en la mujer marcadamente más que en el hombre. En qué medida se vinculan con su biología, no nos interesa mucho aquí. Tampoco queremos distinguir grandemente entre soltera, esposa y madre.

Leemos del amor de las mujeres, el uso natural de la mujer, que su deseo es para su marido, que no se olvida de lo que dio a luz, y que la mujer es gloria del varón. El libro de Proverbios destaca los extremos que se encuentra en la mujer. De que el varón los tenga, no negamos, pero se acentúan en el sexo femenino. Proverbios habla de la mujer insensata, alborotadora,

rencillosa, sabia, virtuosa. El Predicador protesta que es más amarga que la muerte la mujer cuyo corazón es lazo y redes, Eclesiastés 7.26, pero Lemuel, reconociendo de paso que se valora su gracia y hermosura, insiste en el otro extremo: “La mujer que teme a Jehová, ésa será alabada”, Proverbios 31.30.

Queramos o no, la relación entre los sexos se basa en varios hechos que proceden de la creación y de la caída en el Edén: Adán fue hecho antes que Eva. Eva procedió de Adán. Eva fue hecha para ser compañera y ayuda, y para ser madre de los vivientes. Ella cayó en pecado antes que él. Se sometió al engaño (mientras que él pecó a sabiendas). La mujer es percibida como el vaso más débil.

Dijimos que la Biblia la conceptúa como el vaso más frágil; 1 Pedro 3.7. Lo es en mucho, pero no en todo. Emocionalmente es más sensible, pero resiste al dolor mucho más que el varón. Con eso que llamamos la intuición femenina, ella percibe realidades que se le escapan al varón en su torpeza masculina.

Ahora un hermoso párrafo copiado: “Las Escrituras del Nuevo Testamento hablan favorablemente de la mujer. Nada dicen de que una mujer se haya opuesto al Señor Jesucristo en los días de su carne. Nada dicen de que una mujer haya participado en enviarle a la Cruz. Al contrario, fue voz de mujer —y la única voz— que se atrevió a interceder a favor suyo; Mateo 27.19. Hay mención de que las únicas lágrimas derramadas por Él fueron las de mujeres. Hay mención también de que una mujer poseída de singular inteligencia espiritual lo ungió para la sepultura. Además hay mención de que damas le servían en los quehaceres diarios. Narra el Testamento que fueron mujeres que se quedaron de últimas ante la cruz, llegaron de primeras al sepulcro y también a presenciar la resurrección. Y, sea dicho con reverencia, hay mención de que, en circunstancias acordes con su humilde posición, fue una mujer que dio a luz al Salvador”.

Qué es la cena del Señor para mí

Carta de una joven a la revista *Counsel*, enero 1994

Por años no comprendía mi papel en la reunión de adoración. Creía que, por cuanto no me era permitido hablar en público, mi aporte a la cena del Señor consistía en escuchar atentamente las intervenciones de los hermanos y cantar los himnos junto con los demás. No me daba cuenta de que yo, también, era llamada a participar activamente en la adoración que se estaba ofreciendo al Señor.

Sin embargo, por fin empecé a entender que la adoración mía no era menos agradable ni menos significativa para Dios por el solo hecho de ser silenciosa. Yo tenía tanta responsabilidad que los demás para prepararme en mente y corazón para la cena del Señor que tenía cualquiera de los hermanos. Como ellos, yo debía invertir tiempo en la meditación de la Palabra antes de la reunión. Como ellos, yo era llamada a ofrecer adoración activamente. Las pausas en la reunión eran oportunidades para mí a aportar por mi propia adoración silenciosa.

De que nadie sino Dios me escuchara, no tenía que ver. El Espíritu Santo podía emplear aquella oración para enriquecer la reunión en conjunto, y lo hacía. Por cierto, mi silencio me daba una libertad, facilidad y pureza en oración que una participación a viva voz nunca podía. Es más, descubrí que si yo tenía un pensamiento que no podía aportar vocalmente, podía contar con el Espíritu Santo para ejercitar a algún hermano capacitado para expresar ese mismo pensamiento. La primera vez que esto sucedió, fue una verdadera confirmación en mi corazón de la dirección y el poder del Espíritu, y una ocasión adicional para dar gracias y alabanza a Dios.

Veo ahora que como mujer tengo privilegios en la adoración que los varones nunca conocerán. Los hombres, a quienes corresponde la responsabilidad de tomar parte audiblemente, pueden encontrar a menudo que su adoración está afectada por nerviosismo, o corrompida por vanidad. Yo, en cambio, puedo adorar al Señor de todo corazón, percibiendo el ministerio del Espíritu en la cena del Señor de una manera peculiar, con pleno conocimiento de que mi silencio me está ganando un galardón mayor.

Los pequeños incidentes

Sra. Amparo de López;
Palabras de Amor, número 117

Ahora soy madre en mi propio hogar y abuelita también, y durante los años de mi vida he tenido muchas experiencias que me han servido de provecho. Una de las cosas que he notado, y es lo que por lo general pasamos por alto, es que Dios se da cuenta igualmente de los pequeños incidentes de nuestra vida como de los grandes. En realidad pone mucha importancia en las cosas que nosotros consideramos pequeñas, y me parece que allí nos prueba.

Me acuerdo de lo que la Biblia dice de Acán quien robó algo que pertenecía a Dios, lo escondió y mintió para poder evitar descubrimiento y detención. La ciudad de Hai era pequeña pero por el pecado de Acán los israelitas no pudieron vencerla y fueron derrotados; Jueces capítulo 7. Todo eso me trae a la memoria lo que me sucedió una vez.

Era una joven de 17 años, convertida al Señor pero no muy obediente. Vivía en la ciudad de Quezaltenango, República de Guatemala. Me cuidaban dos misioneras que me amaban mucho y a menudo me llevaban a las conferencias evangélicas en las distintas partes del país.

Una vez, estando en la reunión de una tal conferencia, vi que se le cayó el pañuelo de la hermana que estaba sentada en la silla delante de mí. Esta hermana en Cristo era muy respetada y una de las más fieles. Yo esperaba que ella recogiera su pañuelo pero parecía que no se había dado cuenta de que se le había caído. Yo ya no escuchaba nada del mensaje sino que admiraba ese pañuelo; era una prenda bonita, fina y bien bordada.

Entre más lo miraba, más lo codiciaba, máxime que la hermana no se daba cuenta. Dije entre mí: “Es una cosa chiquita; no puede valer mucho”, y agachándome, lo recogí y lo metí en mi Biblia. Una voz dentro de mí decía: “Esto no es tuyo”, pero contestaba: “Sólo es una cosa pequeña. Ella debe tener muchos parecidos”, y así pasaron los días. La conferencia terminó y regresé a casa con el pañuelito. Me sentía molesta y no bendecida por el Señor, y sabía por qué. Pero, me costaba arreglar mis cuentas hasta que un día Dios me habló todavía más fuertemente.



Yo había comprado una combinación para vestirme; era muy linda y a la vez muy cara por mis circunstancias de aquel entonces. A todas las jovencitas les gustaba vestirse lo

mejor posible para los domingos y yo no era excepción. Cuando llegó el día domingo fui al ropero para sacar mi vestido nuevo, y cuál fue mi sorpresa y consternación al no hallarlo. ¡Ese vestido nunca apareció! Cuánto me dolió la pérdida; ¡lloré de tristeza!

Pero en este momento me acordé de mi Biblia y del pañuelito ajeno que yo había codiciado, robado y escondido. En el mismo instante lo saqué y pedí perdón al Señor. De allí fui donde doña Laurita, la hermana a quien pertenecía mi posesión robada, y le devolví lo que me había causado tanta pena y aflicción de alma.

Mi vergüenza fue cumbre cuando me abrazó y dijo: “Gracias mi hija. Este pañuelo era para mí especial porque una hermana misionera me lo regaló como recuerdo antes que saliera de nuestro país”. Yo había aprendido mi lección: la de nunca tocar lo ajeno.

Ahora enseño lo mismo a mis hijos. La sinceridad y honestidad valen mucho. La propiedad ajena, por insignificante y pequeña que sea, puede traer molestias y penas grandes que en realidad no deberíamos tener. Digo a mis hijos: “¿Y les dieron más de vuelto en la tienda? Vayan a devolverlo por favor”.

Así son nuestras vidas. Muchas veces son las cosas que consideramos pequeñas, que poco a poco hacen estragos, llevándonos para abajo. La Biblia habla de cazar las zorras pequeñas porque son ellas que echan a perder las viñas. Cantar de los Cantares 2.15. Los pecados “pequeños” que permitimos en nuestra vida nos pueden echar a perder. Sólo Dios nos puede salvar de nuestros pecados, sean ellos “pequeños” o “grandes”, y lo hace en la Persona de su Hijo Amado.

Sólo Dios nos puede guardar si es que ya somos de Él por haber confiado en su Hijo. Aun en este sentido, “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”. Romanos 10.13. Es poderoso para guardarnos sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría. Judas 24.